

Presencia de la suerte

Silvio Mattoni

En un singular escrito del entonces joven filósofo Diderot, cuya lectura le debo agradecer a Diego Tatián, aparecen una serie de afirmaciones que no pude dejar de leer como anticipos, anuncios del pensamiento de Bataille. Pero antes que comprobar, una vez más, el ingenioso recurso de Borges acerca de la construcción que toda obra realiza de sus propios precursores, quisiera pensar más bien que tanto Diderot como Bataille hablan de lo mismo: una comunidad imposible pero necesaria tras la experiencia de la ausencia de Dios.

Nos resulta difícil medir ahora el alcance, el impacto de esa experiencia. Dado que no sentí nunca su presencia, la ausencia de Dios está ligada en mí a una imagen mucho más concreta y que no se percibe como la desaparición súbita, la disolución de una persona absoluta. No puedo entonces imaginar la ausencia de Dios sino como el descubrimiento, la revelación infantil de mi muerte. La idea de que voy a morir es la última sombra del ateísmo sobre mi cuerpo que se desgasta.

Pero en aquellos tiempos heroicos del ateísmo, que anhelaba imponerse como un pensamiento más claro, que buscaba liberarse de innumerables cadenas, el mundo sin Dios era un vacío absoluto que atraía todas las ideas y las hacía girar vertiginosamente. Diderot publica entonces, en 1749, su *Carta sobre los ciegos para uso de los que ven*, donde se discute fundamentalmente el problema del origen de las ideas y la relación entre el pensamiento y las sensaciones. En esa carta, dirigida a una curiosa y filosófica interlocutora, el futuro enciclopedista plantea objeciones a las conclusiones de Locke y de Condillac sobre el origen sensorial de las ideas. No voy a revisar aquí ese complejo debate sobre el así llamado sensualismo. Pero Diderot comenta entonces la vida y la obra de un matemá-

tico inglés, ciego de nacimiento, cuyas vicisitudes cotidianas y cuyas argucias para explicar cuestiones de geometría y de óptica le sirven como demostración de una autonomía relativa de las ideas verdaderas con respecto a la percepción de los sentidos. El caso es que Diderot intercala además un diálogo entre el matemático ciego y un sacerdote, que acude a asistirlo en su agonía; un episodio completamente inventado que no figuraba en la biografía del personaje, profesor en Cambridge y bastante notorio en su época. La discusión entre el ciego moribundo y el sacerdote, por otro lado, también pareciera inaugurar una fábula atea que conocemos en la versión de Sade.

El diálogo trata acerca de la existencia de Dios, o al menos acerca de su eternidad. El sacerdote le describe al ciego las maravillas del mundo visible, el impecable orden que reina en cada organismo vivo y en la totalidad de lo que existe. Semejante espectáculo, tamaña perfección, sostiene el sacerdote, no pueden estar privados de un autor, una inteligencia perfecta que así lo ha dispuesto. El ciego responde que no puede percibir tales maravillas y que nada le parece tan ordenado como le cuentan. Pero accede a prestarle su confianza a la palabra del sacerdote y de otros amigos que lo quieren y le dicen que el mundo contiene un sinnúmero de prodigios evidentes. Lo que no quiere decir, agrega luego, que siempre haya sido así. Que ahora todo tenga una apariencia de orden no significa que su origen no sea el más absoluto caos. Y el geómetra ciego afirma: "si nos remontáramos al nacimiento de las cosas y de los tiempos, y sintiéramos la materia moviéndose y el caos desenmarañándose, encontraríamos una multitud de seres informes frente a unos pocos seres bien organizados." Unos azares físicos, materiales hacen que algo sobreviva, sin ninguna inteligencia, sin ningún sentido. La movediza materialidad de lo que es no puede ser más que soberana. El mundo surge fuera de toda lógica previa, así el ciego declara "que los monstruos se aniquilaron sucesivamente, que todas las combinaciones viciosas de la materia han desaparecido y que sólo han quedado aquellas cuyos mecanismos no implicaban ninguna contradicción importante y que podían subsistir por sí mismos y perpetuarse". Pero el aparente orden alcanzado no tiene nada de estable. Los monstruos retornan a cada momento. Él mismo, que nació ciego, es una prueba de

que ninguna conciencia suprema dirige lo que pasa. ¿Y acaso los hombres no son monstruos increíblemente persistentes, que perseveran en su monstruosidad? ¿Cómo explicar la inaudita libertad humana, desertora del instinto, sino como una consecuencia monstruosa y un reflejo transpuesto de la impredecible actividad de la materia originaria?

No resulta obvio, para el ciego, que el hombre y su supervivencia fuesen algo necesario. Si el azar o una serie de casualidades combinadas no lo hubieran ayudado, el animal que habla "hubiese quedado envuelto en la depuración general del universo, y ese ser orgulloso que se llama hombre, disuelto y disperso entre las moléculas de la materia, habría quedado, quizás para siempre, dentro del número de los posibles". De alguna manera, la depuración general del universo es inhumana: la materia se complejiza hasta convertirse en organismo, que a su vez se complejiza hasta convertirse en animal, el animal se hace hombre, el hombre deviene histórico, etc. Pero al mismo tiempo se eliminan un gran número de posibilidades, la persistencia de algo es una excepción, y todo parece indicar que la materia tiende a simplificarse después de alcanzar un punto sin retorno. El lenguaje humano, el pensamiento pueden ser un instante en esa depuración general del universo. Y si muchos experimentos del azar que llamamos naturaleza pudieron fallar, arruinarse, perderse en la nada de lo imposible como también pudo pasarle al animal humano, entonces el ciego preguntará por qué los mundos no estarían sujetos a la misma ley de una probabilidad improbable. Lo que aquí y ahora parece un orden, aunque sólo para quienes lo ven con los ojos encandilados, hipnotizados por la belleza, no es más que una tirada de dados. Y llamamos Dios a la suerte.

Oigamos la arenga del ciego de Diderot: "¿Cuántos mundos estropeados, fallidos se han disipado, se rehacen y se disipan tal vez a cada instante en espacios lejanos que yo no toco y usted no ve, pero donde el movimiento continúa y continuará combinando cúmulos de materia hasta que hayan obtenido alguna disposición en la cual puedan perseverar?" Y aun así, sería apenas para que subsista una materia, una masa no dispersa, ¡y qué lejos estaría todavía la mezcla necesaria para que algo vivo encontrara su posibilidad! ¿Cómo definirá entonces el ciego matemático este mundo palpable, negro, donde los sonidos y los olores se arremolinan, se

acercan y se alejan hasta desaparecer, donde lo único cierto son algunas formas regulares de la materia que puede compartir en sus clases de geometría con los alumnos que ven? ¿Qué significa todo esto? Respondiendo a sus propias preguntas, a su propio nihilismo, afirmará: “Un compuesto sujeto a revoluciones que indican todas ellas una tendencia continua a la destrucción; una sucesión rápida de seres que se entrecruzan, se empujan y desaparecen; una simetría pasajera; un orden momentáneo.” Allí la vida no es más que un largo deseo que nunca podría satisfacerse y la propia duración es un fantasma construido por su necesaria brevedad.

Sin embargo, quizás esos fantasmas sean más reales para el fugaz, momentáneo ser mortal que la eternidad inaccesible de la materia en movimiento. Quizás los fantasmas de una vida breve sean un acceso a la posibilidad de pensar el movimiento incesante. Se trata de pensar desde la perspectiva de una mosca. Al sacerdote, que ha empezado a llorar en medio del discurso de su amigo agonizante, el ciego le dará este ejemplo, que puede verse acaso como una especie de consuelo. Si la mosca efímera que sólo vive un día se pusiera a pensar en un hombre y transmitiera su pensamiento a otras, de generación en generación, ¿no se convertiría entonces ese hombre en particular, la miserable vida humana, en el ser, en la eternidad, algo así como un astro o un dios? Y la mosca tendría razón en pensar así. Tal como nosotros tendríamos algo de razón, al igual que el sacerdote y los amigos del ciego que celebran las maravillas de lo visible, en creer, con fe ciega, que el mundo no va a desaparecer con nuestra muerte.

El editor de Diderot, un tal Paul Vernière, en su introducción nos comenta que este fragmento de la *Carta* le valió al autor tres meses de cárcel, acusado de “fanatismo”, a pesar de las frases con que intentara separar su opinión de las afirmaciones del ciego, que dice haber traducido del inglés. Más allá de que las imágenes de las dispersiones y combinaciones de la materia hayan sido tomadas de Lucrecio, no significan lo mismo para Diderot y es lo que el censor va a sancionar.

La caducidad de los seres y las cosas en Lucrecio, las combinaciones que surgen espontáneamente y luego se disuelven de manera absoluta son ejercicios del pensamiento para lograr la ataraxia, observar desde una lejanía, que sólo se aferra al instante presente, el caos multiforme del mundo,

su permanente catástrofe. Para Diderot, en cambio, se trata de recordar que la moral, las leyes, las constricciones cristianas o monárquicas de la libertad son aleatorias; que todo es casual y por lo tanto nada es verdaderamente imposible, ni siquiera la felicidad humana, al menos en el instante que le toca vivir a este género en particular. Y lo que Bataille llamará la "insubordinación de la materia" también intentará relacionar, vislumbrar la íntima conexión entre las metamorfosis continuas del mundo y los impulsos que conducen a la mayor libertad posible en lo social.

Precisamente, en mayo de 1947, Bataille publica un breve escrito en una revista. Se trata de una meditación cuyo título, "La ausencia de Dios", permite vincularla con la elaboración de esos diarios filosóficos que componen la "Summa ateológica". Allí la ausencia de Dios, imposible de expresar, se intenta sugerir a partir de diversas figuras, de imágenes y paradojas. Y quizás tenía razón Sartre cuando decía, acerca de libros como *La experiencia interior*, que Bataille era "un nuevo místico". Porque en verdad utiliza los procedimientos habituales de la literatura mística: siempre hay algo inexpresable que sin embargo impulsa una comunicación destinada de antemano a no poder ser entendida.

No se trata de entender entonces, sino de que otros puedan intuir, acaso revivir, por fuera del lenguaje, más allá de las imágenes puestas en juego, la experiencia imposible que es un acontecimiento, porque atraviesa el lenguaje pero no lo deja indemne. Sartre ponía el acento en el carácter evasivo, antirrealista de la experiencia a la que se refería la escritura de Bataille. Más bien deberíamos pensar que lo real, lo único que existe fuera de la burbuja lingüística y social, es esa experiencia, casi un exceso de inmanencia. Por lo tanto, importa menos que Bataille sea o no un místico, que retome esa tradición, aunque también lo hace con la filosofía, la sociología, la literatura, sino el hecho de que sea uno "nuevo", puesto que dice, forzando los límites del pensamiento y las palabras, una ausencia. Salgo de mí para encontrar no un sujeto trascendente o una eternidad ilusoria, sino la negra iluminación de mi propio abismo, inscripto en mi cuerpo. Como dijera el poeta argentino Héctor Viel Temperley, cuya experiencia también es un acontecimiento y que casi seguramente no leyó a Bataille: "Voy hacia lo que menos conocí en mi vida, voy hacia mi cuerpo."

Imágenes de la ausencia de Dios, vagos ecos de un miedo y una felicidad impensables, que no pueden ser ideas: el suelo que desaparece bajo mis pies en el instante que se detiene, suspendido, entre un latido y otro de mi ritmo sanguíneo; un objeto extático que deja fuera toda afirmación, anula la pretensión de existencia del ser y también de la nada; una mujer amada que muere o un Dios que revela su inexistencia. ¿A quién le está hablando Bataille con estas figuras? Ni a un Dios ni a un idiota, dice, sino a todo semejante que padece la melancolía de no saberse nada.

Por lo cual, lo más seguro es el malentendido, creer que está transmitiendo un pensamiento. Pero lo que es no puede ser objeto de transmisión. Ningún objeto, ninguna figura limitada, ninguna obra dice ni hace lo que es. Cito a Bataille: "No poseo otra verdad que el silencio". Aunque no se trata de una espera, una atención despertada por algo trascendente. Es un silencio que hace hablar, un silencio como la picadura de un insecto que hace rascar las costras del lenguaje. La uña del silencio que descascara las palabras me hace desear la noche, un infinito de términos enfermos, dichos sin querer. Lo que dice el sonido del rasguño involuntario, para el oído de alguien que no quiere escuchar, es la impotencia de escribir, hablar, "mis lágrimas, dice Bataille, mi ausencia (más pura que mis lágrimas), mi risa, más dulce, más maligna y más vacía que la muerte".

¿Acaso ese fantasma viscoso, ese algo ilimitado podría ser un sueño, vale decir, un efecto inexpresable que suscita una imagen o una serie de imágenes? Pero serían imágenes imposibles, las imágenes de un ciego de nacimiento. Dios, dirá Bataille, "soñó que era un enfermo al que las chinches devoraban", pero luego se convierte en una de esas chinches que el enfermo descubre entre las sábanas y aprieta entre sus uñas. En medio de la fiebre, el cuerpo sueña que es arena desolada, sin lugar, sin descanso. "No pudo despertarse, ni gritar, ni morir, ni detener ese movimiento de terror fugitivo." Sin embargo, el sueño no es más que una consecuencia. La cosa ilimitada que se presenta como su causa ni siquiera puede pensarse en cuanto ausencia o en cuanto nada, sería entonces algo demasiado limpio, seco, un corte en la continuidad de las representaciones. Más bien se trata de su misma sucesión, repetición incesante de representaciones, imposibilidad en el fondo de ser un individuo, que a fin de cuentas supon-

dría un Dios definible, presente o ausente, cuando no hay más que esa confusión llena de rabia con que la fiebre acelera los pasos perdidos de la vida en peligro.

Pensemos en un Dios para Lucrecio. Las cosas, los seres surgen de la nada y vuelven a ella. La cantidad de átomos es siempre igual, sólo se combinan y se dispersan continuamente. Pero ese clinamen, ese vértigo genera no sólo sustancias variadas, sino principalmente imágenes, representaciones, incluyendo dioses. El mismo movimiento incesante de los corpúsculos innumerables que originan todo lo que hay se vuelve entonces lo divino, es Dios. Como una sustancia única en permanente circulación, expandiéndose y retrayéndose, que utiliza la nada y la plenitud al mismo tiempo. Así lo describía Bataille en su "experiencia interior": "El torbellino duradero que te compone choca con torbellinos semejantes con los cuales forma una vasta figura animada por una agitación medida."

Los átomos se agrupan, se componen, fingen una interioridad hecha de conductos, flujos, circulación. Es como si dijéramos que las palabras que se suceden en nuestra cabeza somos nosotros mismos. ¿Qué querría decir? Simplemente, que Dios es yo: imagen de las palabras en un cuerpo que sólo puede ser si es excluido, perdido. Pero el efecto de Dios, aunque sea pura ausencia, no se reduce a una cosa infinita ni a una conciencia parlante, mucho menos a un sujeto del lenguaje. La ausencia de Dios, como en el ilustrado Diderot, es el punto de vista de la mosca, es hundirse al fin en la insignificancia. Leo ahora cómo la perspectiva de la mosca aniquila esa totalidad de materia muda que también podemos llamar Dios: "Para una mosca caída en la tinta, escribe Bataille; el universo es una mosca caída en la tinta, pero para el universo la mosca es ausencia del universo, pequeña cavidad sorda ante el universo y por donde el universo se omite a sí mismo". La mosca hace desfallecer a Dios, es su obsenidad, un goce absurdo que no sueña con nada. Lo que entonces goza, arde o se inflama es una presencia que se ha vuelto tangible porque suprimió toda trascendencia. Está del lado de la suerte. Sin mirada, sin absoluto, sin universo, mero instante en que se toca y cada uno se comunica con algún otro, un semejante anonadado, ofrecido y ante quien ofrecemos nuestro ser mortal.

Pero la ausencia de Dios no es sólo un anonadamiento, una caída definitiva en lo insignificante, un instante pleno de no-saber. También es pérdida del lenguaje, ya que toda palabra piensa en el futuro y no puede decir el presente. Mi propia presencia, mi cuerpo marchando derecho a la muerte, se vuelve tangible y faltan las palabras. Es entonces cuando abandono la escritura, dejo caer la biomé, y me río porque no me estoy dirigiendo a nadie, porque no me importa en absoluto haber escrito. La muerte pondrá fin a la ilusión de ser, pero ahora se termina, en este momento de risa nerviosa, angustia y flaccidez, la ilusión de permanecer en lo escrito, último vestigio, última larva del gran insecto transformista que llamamos Dios. ¿Cómo seguir hablando? No con la negación de Dios, que consolida su presencia, sino con la evocación de su ausencia.

Bataille invoca entonces un estado teopático sin Dios. El que provoca, por ejemplo, la presencia de un ser amado. La sensación de que ha sido visto antes – el amor es un *déjà vu* – nos recuerda los gestos originarios, la risa y el llanto, como si pudiéramos soñar con una experiencia anterior al habla. Podríamos decir entonces, como una chica ciega citada por Diderot y que escuchaba todo con suma atención: “Me parezco a los pájaros, aprendo a cantar en las tinieblas.” Tocar, oír dan una impresión de presencia que la vista no puede garantizar. Lo que vemos aparece y desaparece, está y no está, como la imagen de la madre para el niño balbuceante. Pero tocamos algo, una piel herida que late con su fugacidad, o escuchamos algo, un grito en la noche que me conmueve sin explicación. La vista nos enseña una figura intacta, impenetrable, la belleza que aparece como un fantasma misterioso. Pero es imposible comunicarse con ese ser entero, tampoco yo puedo comunicarme a mí mismo como ser entero, como unidad visible.

Cito a Bataille: “La comunicación no puede realizarse de un ser pleno e intacto a otro: necesita seres que tengan el ser en ellos mismos puesto en juego, situado en el límite de la muerte, de la nada.” Pero ninguna comunicación verdadera es amarga, más bien suscita la risa de una pura felicidad, porque en nuestro propio límite que se rompe tocamos la presencia invisible, la suerte de ser. Por un instante ciegos, un instante indivisible, un átomo de tiempo que no tiene otro fin que sí mismo, tan ciegos como

el geómetra de Diderot, soñamos que la materia piensa, damos nuestro consentimiento a la felicidad.

La felicidad es el sol al mediodía, con que les digo a otros que la sombra del ausente no se proyecta siempre en nuestro suelo, y que podemos sentir la presencia del calor sin abrir los ojos, pensando en la materia del presente.

coda

Hablamos, escribimos y nuestras palabras se vuelven una isla rodeada por la muerte. Sin embargo, el agua intransitable es justamente lo que quiero decir, o más bien el querer decir sin nada que sea dicho: querer la suerte del presente y todo lo que es y va a desaparecer, con nosotros o después de nosotros. Aunque no soy quien desarma el lenguaje para que se diga el presente, pero quedo inerme entre las cosas para que algo más allá de un sujeto pueda asomarse, sirena en medio de las olas, en el límite de las palabras.

¿Qué es, si no, la poesía más que este instante inmotivado, la pura felicidad sin palabras, hecha de palabras gratuitas y que nada saben? El ritmo, latido suspendido en el aquí y ahora, atraviesa como un soplo la estructura lingüística y hace de las palabras, que suelen pensarse como la ausencia de las cosas, un pasadizo directo al centro del presente, como si la materia muda, la naturaleza o todos los que viven sin escribir de repente se tradujeran en una voz. Soñamos con ese timbre, aunque lo dicho siga siendo el cofre, la cámara de eco donde resuena lo indecible. En ese vacío revelado, la vida entera, las vidas propias y ajenas, amadas o ignoradas, adquieren un sentido luminoso, deslumbrante.

En el sacrificio incruento, pero no inocente, del lenguaje que llamamos poesía, empieza la vida común, nuestra brevedad y nuestra apoteosis. Lo que escapa a mi voluntad, la inacción del lenguaje, comunicación de nada, es obra del dios. Una sombra de Dios se vuelve chispa, flogonazo o lumbreros amorosa en esa comunicación que no se entrega del todo a la obediencia del sentido.

¿Cómo escribiste eso? Fue suerte.